



¡Horrible y espantosísimo acontecimiento!!

UN HIJO INFAME QUE ENVENENA A SUS PADRES Y A UNA CRIADA EN PACHUCA.
TERRIBLE TEMPESTAD QUE SE DESARROYA EL DIA 8 DEL MÉS PASADO.

DON Rafael Hernández y Doña Catarina Sandoval, eran esposos, los cuales vivían en Pachuca. El único hijo que tuvieron en su matrimonio llamábase Ramón Hernández. Tal vez por ser único desde muy pequeño fué objeto de todo el cariño de ambos padres, consintiendo exageradamente, lo cual hizo que aquel muchacho saliera lo mas perverso que pueda darse.

A la edad de 25 años juntábase con infinidad de amigos perdularios, y con ellos contrajo los mayores vicios posibles: era jugador, enamorado y afecto a los bailes y a todos los vicios prohibidos en el mundo. A sus buenos padres les hurtaba frecuentemente mucho dinero y en la época actual ascendían aquellos robos a diez mil pesos.

El Sr. D. Rafael hizo propósito de corregirle por medio de reprensiones suaves; pero todo era en vano. Por fin el día 8 del mes pasado le dijo.—Oye, Ramoncito, no seas tan malo enmendate, mira que ya no me es posible soportar tus vicios. ¿Que motivo tienes para votar el dinero en tantas calaveradas? Diez mil pesos me faltan ya de la caja y si continúas lo mismo, me veré obligado a despedirte de casa.

El inicuo Ramón contestó:

—¡Eh, carambas! ya no es tiempo que me des consejos es tarde; eso hubieras hecho cuando empezaba a tener vicios; entonces me hubieras reprendido y castigado; pero lo que es hoy no te hago caso. Lo que debes hacer es entregarme la herencia que me toca para largarme a otra parte donde ya jamás vuelvas a verme ni a saber de mí.

—¡Oh desgraciado, maldito! ¿por qué eres tan opuesto conmigo? ¡pues no te doy herencia por grosero y desnaturalizado!

Al oír esto Ramón se fué por otro lado: entró en la cocina renegando en silencio de su padre como un condenado; allí tomó una botellita vacía, se la guardó en la bolsa y se dirigió a la calle, con otro mal amigo, consiguió por medio de dinero un veneno muy activo para vengar las palabras de su pobre padre.

Allá en su corazón, decía el alevoso hijo: ¡Ah, viejos malditísimos, hasta que van a morir como las ratas, bien me la pagarán! También la criada es preciso que muera para que no me denuncie con la autoridad: ahora sí: ¡qué dicha! seré el absoluto propietario de los bienes de este vejancón y gozaré de todas las comodidades y plácemes del mundo.

Llegó a su casa simulando una franca alegría el pícaro, traidora e hipócritamente se hincó ante sus padres implorando el perdón por sus pasadas faltas. En esto la criada María Luz, anunció o que ya la cena estaba hecha. Doña Catarina contestó que pusiera la mesa. Entretanto la criada ponía el mantel y los cubiertos, Ramón se dirigió violento a la cocina y vertió temblando todo el veneno en la cena. Rápido salió luego y se sentó en el comedor. La criada entonces se fué a probar los guisos para ver si les faltaba sal y luego los llevó a la mesa. El parricida no quiso cenar, diciendo: — No teego hambre todavía.

A la mitad de la cena, Doña Catarina exhaló un grito y dijo ¡Jesús, Jesús, que me mueren! Don Rafael dijo:—Lo mismo me sucede a mí.